

COLECCION LITERARIA

Solo en el Presente, Ayer, Mañana...

I

*Ca non siempre es bueno hablar
ni bien ni mal de los amigos.*

ALFONSO EL SABIO

-¿**Q**UE tal, Carlos? Yo soy Arturo.

Así me saludó Torres-Rioseco, el día en que por primera vez nos encontramos cara a cara, aquí en esta ciudad de Seattle, tan lejana, brumosa y escondida.

Y yo me pregunté: ¿Es éste el crítico de Precursores del modernismo, el panegirista de Walt Whitman, el poeta de En el encantamiento? No lo parecía. Hallábame en presencia de un hombre de unos treinta años, de regular estatura, recio y jovial, de ancha cara coronada de cabellos negros, lacios, peinados con esmero y hacia atrás, de abierta sonrisa y de ojillos oscuros, vivarachos, que chispeaban detrás de esos sus anteojos, impresionantes en verdad y algo quevedescos...

Nos dimos un apretón de manos, fuerte y cordial, y entramos en materia. ¿Libros, viajes, versos, mujeres, aventuras?... ¡No, no, no! Estos temas —de por sí nítidos, avasalladores e inusitados— carecían entonces de aliciente para nosotros, pues el año 28 Arturo y yo estábamos en trance de doctorado. Serios, concentrados, puntuales, eficientes e ¡indefensos!, vivíamos en busca de datos, cotejando nombres y fechas y ordenando, cualitativa y CUANTITATIVAMENTE, todo un tesoro de sólidos conocimientos adquiridos

en largos años —y pocas noches, gracias a Dios— de estudios impersonales, metódicos, y orgánicamente majestuosos y prometedores . . .

—Tenemos que doctorarnos, y después haremos algo digno de nosotros — sentenciaba Arturo con cierta arrogancia araucana, y yo comentaba con colombianísima mansedumbre: —Sí, hombre, hay que salir del atolladero, que después se hará lo que convenga.

Y como la misma desventura nos tenía cogidos en suaves e invisibles redes de acero, Torres-Rioseco y yo nos echamos a andar, sosegadamente y a saltitos, por los gratos senderos de una buena amistad que dura todavía y que no deja de regalarnos, de cuando en cuando, algunas rosas sin espinas. Los años han pasado, y ahora y con mucho gusto, voy a hablar un poco de Arturo, es decir, de un crítico desprevenido y penetrante que es también poeta, y que va por las rutas del ensueño, "solo en el presente, ayer, mañana", sin curarse ni pizca de las opiniones ajenas, duro y sonriente, tenaz, sincero y dadivoso . . . Y que me perdonen por hablar de un compañero quienes recuerden lo que decía, en tono legislativo, el Sabio enamorado de la Virgen y sus angelitos.

II

Y voy diciendo hacia dentro:
Voz de Talca, tú me guías.

El paisaje es en mi alma
como pera de agua.

A. T.-R.

Dice Federico de Onís que Torres-Rioseco no ha perdido su carácter nativo, que ha depurado e intensificado hasta lograr amplitud y universalidad hispánicas, y que su poesía "es moderna y conservadora: hay en ella una contradicción interna. Oscila entre la sencillez y el retorcimiento, el clasicismo y el romanticismo, la exaltación vital y un crudo pesimismo irónico. Es una poesía de ideas y de pasión, con timbre personal".

No nos extrañemos de ello. Torres-Rioseco nació en la villa chilena de Talca, donde pasó la niñez y la temprana juventud, y

donde, de tanto mirar el cielo "se le volvieron claras las pupilas", y de tanto gozar "sus gitanas fealdades", se hizo "poeta naturalista", según su propia confesión. A los diez y ocho años, Arturo salió de Talca y se fué a estudiar en Santiago. Después viajó por Francia, España e Italia, por México y algunos países de Centro y Sud América, y por los Estados Unidos, país donde reside y enseña, sin poderse sacar del alma la espina de sus recuerdos talqueños, que ama con ternura concentrada y esquivada.

Como la poesía de Torres-Rioseco, también la tierra talqueña tiene un timbre personal . . .

Talca es una villa antigua —llena de menudas pasiones y miserias—, situada en una comarca interesante por la variedad de realidades que la forman y caracterizan. Es una villa colonial, de casonas destartaladas y callejas angostas, de huertos y jardines cultivados a pleno sol que ni en invierno se marchitan, aunque entonces parecen esponjarse en suspiros de alivio y de esperanza. Es una villa soledosa, que arrulla el Río Claro . . . Desciende éste hecho encajes del Ande altanero y taciturno, y deslízase luego, azul y manso, por el valle talqueño, para ir a morir pronto en el mar, no sin llevarle su tributo de aromas y de flores. Claro río, en cuyas ondas hacen sonar sus élitros de plata los inquietos "matapiojos" y zumban los moscardones, y en cuyas riberas cubiertas de margaritas y violetas se aman pecaminosas las sencillas parejas campesinas, y las aldeanas . . .

Rodea a Talca un vallecito fértil y risueño donde pastan los ganados y se cosechan uvas y trigo candeal. Sus prados, cruzados por invisibles senderos y caminos polvorientos, huelen a toronjil, a yerbabuena y albahaca. Aquí y acullá vense en ellos pequeños bosques donde crecen el sauce llorón, el guindal de follaje sombrío y perfumado, el eucalipto agorero, el vigilante espino, y el álamo, que habla de soledad y anida en su copa dulces querellas y sobrios murmullos melancólicos. Este valle se extiende de sur a norte, entre los Andes y el mar.

Por el occidente y a lo largo de costas tranquilas y escarpadas, el mar es como la imagen perfecta de lo efímero: inmenso, hondo y eterno, es manso a veces y a menudo colérico y quejumbroso, y sus olas —que vienen de lejos con movimientos de hembra que se desnuda entre sábanas de seda— se rompen al acercarse a las rocas, y se mueren echando al aire sus cabelleras destrenzadas.

Al oriente se eleva la sagrada cordillera de los Andes, con sus moles enormes y brutas que se retuercen entre riscos y precipicios, y en mesetas y vertientes por donde rueda el llanto de las neveras. Del Aconcagua, enhiesto y avasallador, la cordillera desciende poco a poco hacia el sur, y como aumentan las lluvias, se va cubriendo de bosques de robles y raulíes, de cipreses y helechos gigantes, de hayas, alerces y canelos, y de copihues y araucarias de hojas duras y puntiagudas . . .

El paisaje andino de Talca lo presiden tres volcanes. Es variado y sorprendente. Domina y estimula al hombre, y lo convida siempre al ensueño que se torna ora sumiso, ora rebelde, ascensional. A mediodía la cordillera tiene contornos puros, firmes, cercanos y agresivos, y sus neveras adquieren un color blanco y verdoso, pálido y sutil. Cuando cae la tarde, se encienden en vivos celajes de oro, rosa y amaranto, que luego se destiñen lentamente . . . De noche la cordillera se viste de gris y de plata, y envuelve al valle en su suave resplandor, acariciándolo, a cambio de las nieblas nacaradas, iridiscentes, que éste le ofrenda cariñoso . . .

Casi siempre sueña el Ande, en su silencio de cumbres, que es frío y transparente. Mas no así cuando lo azota el puelche con sus látigos cortantes, pues entonces es sublime y clamorosa su cólera salvaje . . . Es el viento del sur: viene y azota al Taciturno, y después se echa a cabalgar por el valle de Talca y sus plazas y callejas, y huertos y jardines, cantando siempre su canción, variada y desigual como ninguna: furiosa en los riscos, susurrante en las copas de los álamos, desnuda entre las gasas de la niebla, medrosa y ululante en las callejas, acariciadora en las ondas del Río Claro . . . Es la voz del sur, que canta baladas transidas de indiana pesadumbre, y que tiembla de cólera y rencor, y que en las casonas talqueñas se carga de lamentos y sarcasmos, como en los bosques andinos se carga de pavor, y de aromas y de embrujos . . .

Talca, villa soledosa y hospitalaria, de gentes hispanas mezcladas con los fieros araucanos primitivos. Tierra de huasos recios, generosos, sencillos y hurafños. Tierra escondida, bajo el cielo azul donde brillan juntas las Tres Chepas y las Tres Marías, y las Siete Cabrillas le hacen guiños a la Cruz del Sur. Tierra de zorzales y jilgueros. Tierra donde, en las horas crepusculares, abren sus corolas sin perfume los "don-diego-de noches", delicados y efímeros . . .

Allá nació y soñó Torres-Rioseco, su poeta.

III

*Rimaré en parla dura
y en copo sedar;
sobre la esfinge muda
me pondré a trovar.*

*Seré cantor de América,
fuerte y vibrador,
con emoción ibérica
y nativo temblor.*

A. T.-R.

Los viajes y los libros han enriquecido a Torres-Rioseco, y su curiosidad intelectual y su cosmopolitismo —a veces risueño, o escéptico y pesimista, y casi siempre americano y futurador— le han ofrecido buenas oportunidades de acercarse a los hombres de todas las razas y a las culturas todas del mundo. Sin embargo, no ha perdido su emoción original ni la visión juvenil de Talca. Además, la profesión de catedrático de literatura ha agudizado su sentido crítico, y le ha presentado el devenir histórico del alma iberoamericana y los rumbos y calidades que en ella se cruzan y pugnan entre sí, ya afirmándose ya negándose sin cesar, sin lograr todavía ni el equilibrio ni la orientación.

Extensa y compleja es la obra literaria de Torres-Rioseco. En la parte crítica se revela siempre el ardido luchador indoamericano que escribe ensayos y libros ricos en valoraciones precisas y penetrantes y las sazona con paradojas y dogmatismos medio siniestros o las ilumina con luces de Bengala, para darse el gusto de arremeter y también el de sonreír ante la sorpresa de los prevenidos y los incautos. La parte poética, no tan extensa como la otra, es un despliegue algo desconcertante de formas contradictorias —crudas algunas y otras delicadas y exquisitas, alegres o dolientes, clásicas, románticas y modernistas a veces, y más a menudo ultramodernistas— en el cual se perciben diversos matices y se oyen ecos y voces de ayer, de hoy y de mañana . . .

Torres-Rioseco no ha buscado ningún modelo que imitar, ni se ha matriculado en ninguna escuela o camarilla literaria, ni ha querido cultivar ni una sola modalidad especial de su espíritu. Es

independiente y aventurero. Mas no quiere esto decir que él se aparte de los temas poéticos ya conocidos, ni de las técnicas del verso. Es cierto que desdeña a los poetas cortesanos, y a los parnasianos puros, pero también lo es que les rinde pleitesía a los grandes poetas de la raza: en los versos de Arturo fulgen imágenes y bailan ritmos y decires que bailan y fulgen en el Romancero, y en Berceo, el Arcipreste de Hita, Góngora, Machado, Juan Ramón y García Lorca, entre los peninsulares, así como en Darío, Lugones, Herrera y Reissig, Mistral y Luis C. López, entre los hispanoamericanos. El mismo se ha definido al llamarse "pordiosero de la belleza", y al decir que su alma es una barca sin rumbo que va "hacia lejanías", sin llegar a parte alguna.

Criado en un ambiente de tradicional catolicidad, Torres-Rioseco se le entregó una vez al Cristo, pero luego echó por otras sendas, hasta perderse en la encrucijada de la duda y en la horrenda noche de la afirmación del Yo. Al negar al Cristo, bebió en copa de roble las sales y el veneno que le brindara Nietzsche, el loco y broncíneo germano que soltó por el mundo sus pasiones "desnudas y desmelenadas como una manada de yeguas" en celo. Tiró entonces al suelo la moneda de su inocencia, y se dió a gustar de todos los placeres. Ahora, como poco sabe de rezos y abstinencias, se da a la busca de la belleza, que él considera efímera e inexpresable. Embeleñado de ideas y de recuerdos, los va hilvanando en versos que en ocasiones tienen "insospechadas suavidades", o si no, le canta —en su "profana lira de noble cuerda incaica"— a este su siglo XX descreído y negro, que él ama "como a una hembra canalla" que le aduerme su "dolor de arrabal". . .

Y sin embargo, Torres-Rioseco suspira por el Cristo, y conoce Su Libertad y Su Justicia, y canta para el hombre libre, y le entrega su verso, para que pueda vibrar "en la entraña fogosa de este siglo de acero", que anuncia ya el futuro reinado del Hombre.

A pesar de su cosmopolitismo y de la escéptica actitud que asume ante el esfuerzo creador del artista contemporáneo que se aleja del mundo de la acción, Torres-Rioseco tiene fe en el porvenir de Iberoamérica, pues bien sabe que en ella se está forjando el nuevo Humanismo redentor, y que él también es obrero del Espíritu.

CARLOS GARCÍA-PRADA,
University of Washington. Seattle.